

turbia (y por tal causa le habían descargado aquella punta), al verlo yo de aquella suerte, con seguridad habría desaconsejado que se hiciese tal gasto; por ese motivo, cuando Su Excelencia me lo mostró, le pregunté qué deseaba que yo dijese, pues para los lapidarios era muy diferente apreciar una piedra fina después que la hubiese comprado un señor, á poner precio para que éste la comprase.

Entonces me dijo Su Excelencia que la había comprado, y que sólo dijese yo mi parecer. No quise dejar de manifestarle modestamente lo poco que en mi opinión valía aquella piedra. Me contestó que considerase cuán hermosas aristas tenía. Entonces le repliqué cómo no eran de tan gran belleza cual Su Excelencia se imaginaba, y que no era más que un brillante rebajado. Al oír estas palabras mi señor, comprendiendo que decía yo la verdad, puso mal gesto y me dijo que tratase de apreciar la piedra y juzgar lo que valiese conforme á mi parecer. Recordando que Antonio Landi me lo había ofrecido en diez y siete mil escudos, creí que el duque lo habría comprado por quince mil á lo sumo; y por eso, viendo que éste llevaba á mal que le dijese yo la verdad, imaginé mantenerlo en su falsa opinión, y devolviéndole el diamante, dije:

—Diez y ocho mil escudos habréis gastado.

Á estas palabras el duque alzó la voz, haciendo una O más grande que la boca de un pozo, y exclamó:

—Ahora creo que no entiendes una palabra de esto.

—Señor mío, en verdad que creéis mal; cuidaos de

sostener la reputación de vuestra piedra y yo cuidaré de entender de ellas; decidme á lo menos cuánto habéis gastado en ésta, á fin de que aprenda yo á estimarlas al estilo de Vuestra Excelencia.

Irguiéndose el Duque con aire un tanto desdeñoso, dijo:

—Bienvenido, veinticinco mil escudos y aún más me cuesta. Y salióse.

Estaban presentes á esta conversación Juan Pablo y Domingo Poggini, aurífices; y el Bacchiacca, recamador, que también trabajaba en una estancia vecina á la nuestra, corrió al oír las voces. Entonces dije:

—Jamás le hubiera yo aconsejado que lo comprase; mas, empero, si él lo hubiese deseado, ocho días ha que me lo ofreció Antonio Landi en diez y siete mil escudos y creo que me lo hubiese dado por quince ó menos. Mas el Duque quiere tener su piedra en alta reputación; habiéndomela ofrecido Antonio Landi por tal precio, sólo el demonio de Bernardo hubiese hecho al duque tan vituperable engaño.

Sin creer nunca que tal cosa fuese verdad, como lo era, nos fuimos riendo de aquella necedad del duque.

LXI.

Terminada ya la figura de la gran Medusa, conforme dije, hice su armazón de hierro; después modelé el barro como de anatomía, dejándole medio dedo de es-

pesor, y lo cocí muy bien; luego puse encima la cera y concluí la figura del modo cómo quería yo que estuviese. El duque, que vino muchas veces á verla, tenía tanto temor de que no me resultase en bronce, que hubiera querido llamar á cualquier maestro fundidor para que me la vaciase.

Y aun cuando Su Excelencia hablaba de continuo y con grandísimo favor de mis arrogancias, su mayordomo buscaba también de continuo algún lazo con que arruinarme; porque tenía éste autoridad para mandar á los alguaciles y todos los demás oficiales de la pobre y desventurada ciudad de Florencia (¡que un pratense enemigo nuestro, hijo de un torelero, ignorantísimo, por haber sido un vil maestro de Cosme de Médicis, antes de ser duque este último, hubiese adquirido tan gran autoridad!); así, pues, según he dicho, estando atento á cuanto mal pudiese hacerme, viendo que de ninguna manera podía tener en qué fundarse, pensó en el modo de inventar alguna cosa. Yendo en busca de la madre de aquel modelo mío llamado Vicente, él y la Gambetta, aquel galopín dómine y aquella bribona p..., tramaron el darme un susto á fin de que en su virtud hubiera de marcharme de allí.

La Gambetta, apelando á sus artes, recibió el encargo de aquel pícaro loco de pedante mayordomo, y habiéndose puesto también de acuerdo con el preboste (el cual era un cierto boloñés á quien por hacer cosas como éstas lo expulsó el duque, un sábado á la tercera hora de la noche), vino á buscarme dicha Gambetta con su

hijo y me habló, diciendo que lo había tenido muchos días encerrado por mi conveniencia. Le respondí que por mi conveniencia no lo tuviese encerrado, y riéndome de sus artes de p..., me volví hacia el hijo en presencia suya, y le dije:

—Vicente, tú sabes si he pecado yo contigo.

El cual, llorando, contestó que no. Entonces la madre, meneando la cabeza, exclamó, dirigiéndose á su hijo:

—¡Ah, bribonzuelo! ¿Acaso no sé yo cómo ha sucedido esto?

Luego volvióse á mí, diciéndome que le tuviese escondido en casa, porque el preboste le andaba buscando y le prendería con seguridad fuera de mi casa, mas en ésta no le tocaría nadie. Repliqué á esto, que en mi casa tenía yo á mi hermana, viuda, con seis inocentes hijitas, y que no quería yo ninguna persona extraña en mi casa.

Entonces me contestó diciendo que el mayordomo había dado comisión al preboste, y que de todas maneras sería yo preso; mas puesto que no quería acoger yo en mi casa á su hijo, si le daba cien escudos no tenía que pensar más en ello, porque siendo el mayordomo tan grandísimo amigo suyo, podía yo estar seguro de que ella le haría hacer todo cuanto le pluguiese, con tal de que yo la diera los cien escudos. Entré en el mayor furor, con el cual exclamé:

—Quítateme de delante, despreciable p..., que si no fuese por temor al mundo y por la inocencia de este infeliz hijo que aquí tienes delante, ya te hubiera de-

gollado con este puñal, que dos ó tres veces he tenido en la mano.

Y con estas palabras, acompañadas de fuertes empujones, eché fuera de mi casa á ella y á su hijo.

LXII.

Considerando luego á solas la picardía y el poder de aquel mal maestro de escuela, juzgué que lo mejor para mí sería dejar tiempo á que se pasase aquel escándalo; y por la mañana temprano, después de entregar á mi hermana pedrerías y cosas por valor casi de dos mil escudos, monté á caballo y me fuí á Venecia, llevando conmigo á Bernardino de Mugello. En cuanto llegué á Ferrara, escribí á Su Excelencia el duque, diciéndole que así como me había ido sin ser mandado, volvería también sin ser llamado.

Cuando estuve en Venecia, pensé por cuán diversos modos mi suerte cruel me perseguía; mas hallándome á pesar de todo bueno y sano, me resolví á luchar con ella, según mi costumbre, y mientras tanto pensaba así en mis asuntos, divertíame por aquella hermosa y riquísima ciudad. Fuí á saludar al maravilloso pintor Tiziano y á Jacobo de Sansovino, insigne escultor y arquitecto florentino, muy bien pagado por la Señoría de Venecia (habiéndonos conocido en Roma y en Florencia durante la juventud); y aquellos dos hombres eminentes me agasajaron mucho.

Al otro día después me encontré con el señor Lorenzo de Médicis (1), quien me dió en seguida la mano con la mejor acogida que pueda verse en el mundo; porque nos habíamos conocido en Florencia cuando hacía yo las monedas al duque Alejandro, y luego en París, cuando estaba yo al servicio del rey.

Vivía en casa del señor Julián Buonaccorsi; y por no tener donde ir á pasar el tiempo sin grandísimo peligro suyo, estíbame la mayor parte del tiempo en mi casa, viéndome trabajar aquellas grandes obras. Y, según llevo dicho, por este antiguo conocimiento, me tomé de la mano y me condujo á su casa, donde estaba el señor prior Strozzi (2), hermano del señor Pedro; y alegrándose de verme, me preguntaron cuánto pensaba estar en Venecia, creyendo que me quería volver á Francia.

Contesté á esos señores cómo me había partido de Florencia por el suceso antedicho, y que dentro de dos ó tres días pensaba tornarme á Florencia para servir á mi gran duque. Cuando pronuncié estas palabras, el se-

(1) Lorenzino de Médicis, matador del duque Alejandro; refugióse en Venecia, donde al fin fué á su vez muerto, el 26 de Febrero de 1548, por dos sicarios pagados por el duque Cosme. — Véase la relación del capitán Francisco de Bibbona, en la edición E. Camerini de los *Scritti di Lorenzino* (Milán, Daelli, 1862), y la edición de la *Collezione diamante* (editor G. Barbera, Florencia).

(2) León Strozzi, hijo de Felipe, caballero de Jerusalén y prior de Capua, murió de un arcabuzazo en 1554 en la guerra de Siena, mientras estaba explorando el pequeño fuerte de Scarlino, en el principado de Piombino.

ñor prior y el señor Lorenzo volviéronse hacia mí con tanta rigidez, que tuve grandísimo miedo, y me dijeron:

—Mejor harías en volverte á Francia, donde eres rico y conocido; pues como vuelvas á Florencia, perderás todo cuanto habías ganado en Francia, y de Florencia no sacarás otra cosa que disgustos.

No respondí á sus palabras, y partiéndome al otro día lo más en secreto que pude, me fui á tomar el camino de Florencia; mientras tanto habíase pasado el escándalo, habiendo escrito á mi gran duque todo el suceso que había sido causa de mi viaje á Venecia; le visité sin ceremonia alguna, recibíendome con su acostumbrada prudencia y severidad.

Después de permanecer serio un rato, volviöse hacia mí afablemente y me preguntó dónde había estado. A lo cual respondí que mi corazón no se había apartado un punto de Su Excelencia Ilustrísima, si bien por algunas justas causas me había sido necesario llevar un poco mi cuerpo á espaciarse. Volviéndose entonces más afable, me comenzó á preguntar acerca de Venecia, y así estuvimos departiendo una pieza; por último, me dijo que me dedicase á trabajar y le concluyese su Perseo.

Así, pues, tornéme á casa gozoso y alegre, con gran contentamiento de mi familia, esto es, mi hermana con sus seis hijitas; y reanudando mis labores, adelanté en ellas con todo el afán que pude.

LXIII.

La primera obra que fundí en bronce fué aquel busto grande, retrato de Su Excelencia, que había yo hecho de barro en la aurificería mientras me encontraba malo de los riñones. Fué una obra que gustó, y no la hice por otra causa sino por experimentar las tierras para fundir el bronce.

Y aun cuando vi que el admirable Donatello había hecho sus obras en bronce vaciándolas en barro de Florencia, parecíame que las había conducido aquél con grandísimas dificultades; y pensando que esto procediese de defectos del barro, antes de ponerme á fundir mi Perseo quise hacer estas primeras diligencias; por ellas me convencí de que el barro era bueno, aun cuando no lo había entendido bien aquel admirable Donatello, puesto que con grandísimas dificultades veía yo conducidas sus obras.

Así, pues, conforme digo más arriba, en fuerza de arte compuse un barro que me sirvió muy bien, vaciando en él dicho busto. Mas como aún no me habían hecho el horno, me valí del horno del maestro campanero Zanobi de Pagno; y viendo que el busto había resultado muy limpio, en el acto me puse á hacer un hornillo en el taller que me había hecho el duque, bajo mi dirección y dibujos, en la propia casa que me había dado. Y tan pronto como estuvo hecho el horno, con el mayor ahin-

co posible me dispuse á fundir la estatua de la Medusa; la cual es aquella mujer que se retuerce bajo los pies del Perseo.

Y por ser cosa difícilísima este vaciado, no quise dejar de emplear todas aquellas diligencias que intenté á fin de que no me sucediese ningún fracaso; y así, el primer vaciado que hice en dicho mi horno resultó muy bien, en grado superlativo, y tan limpio que parecía á mis amigos que no debiera yo en manera alguna retocarlo; cosa que han logrado ciertos tudescos y franceses, los cuales dicen (y se enorgullecen de poseer bellísimos secretos) vaciar los bronce sin retoques; cosa verdaderamente de locos, porque el bronce, luego de fundido, es preciso acabarlo con martillos y cinceles, como lo hicieron los portentosísimos antiguos y también lo han hecho los modernos que saben trabajar el bronce.

Este vaciado plugo bastante á Su Excelencia Ilustrísima, quien vino muchas veces hasta mi casa por verlo, dándome grandísimos ánimos para trabajar bien. Mas pudo tanto la rabiosa envidia del Bandinelli, quien de continuo andaba al oído de Su Excelencia Ilustrísima, que le hizo pensar que aun cuando yo fundía algunas de aquestas estatuas, jamás haría un conjunto, por ser en mí arte nuevo, y que Su Excelencia debía mirarse bien para no tirar á la calle sus dineros.

Pudieron tanto estas palabras en aquellos gloriosos oídos, que me retrasaron algunos gastos para ayudantes; de modo que me vi precisado á quejarme de ello

audazmente á Su Excelencia; y aguardando á éste una mañana en la calle de Servi, le dije:

—Señor mío, no me veo socorrido en mis necesidades, de modo que sospecho cómo Vuestra Excelencia no confía en mí; por eso os repito de nuevo que me sobran ánimos para hacer esta obra triple mejor que el modelo, conforme os prometí.

LXIV.

Habiendo dicho estas palabras á Su Excelencia, y conocido que no le causaban efecto ninguno, puesto que no me daba respuesta á ellas, entróme de pronto gran cólera, juntamente con una pena intolerable, y de nuevo comencé á hablar al duque, y le dije:

—Señor mío, esta ciudad ha sido verdaderamente siempre la escuela de los mayores ingenios; mas cuando uno sabe quién es, por haber aprendido ya alguna cosa, si se quiere acrecentar la gloria de su ciudad y de su glorioso príncipe, le conviene ir á trabajar en otra parte. Y que esto sea verdad, señor mío, lo sé, porque Vuestra Excelencia ha sabido quién fué Donatello, quién el gran Leonardo de Vinci, y quién es ahora el admirable Miguel Angel Buonarroti: éstos acrecientan con su mérito insigne la gloria de Vuestra Excelencia. También yo espero contribuir por mi parte; así, pues, dejadme ir, señor mío. Mas advierta bien Vuestra Excelencia que no permita irse al Bandinelli; antes, por el contrario, dadle siempre más de lo que os pida; porque si éste se

marchase fuera, es tanta su presuntuosa ignorancia, que es apto para abochornar á aquesta nobilísima escuela. Por consiguiente, señor, dadme licencia para partirme; y no pido otra recompensa para mis trabajos hasta aquí, sino conservarme en gracia de Vuestra Excelencia Ilustrísima.

Viéndome Su Excelencia resuelto de aquel modo, volióse hacia mí con un poco de enfado, diciéndome:

—Bienvenido, si tienes voluntad de concluir la obra, no te verás falto de nada.

Dile gracias entonces, y le dije cómo no era otro mi deseo sino el de mostrar á los envidiosos que me sobaban ánimos para terminar la obra prometida. Después de hablar claro así con Su Excelencia, dióseme alguna ayuda, aunque pequeña; por lo cual me fué preciso echar mano de mi bolsa, por querer que mi obra anduviese un poco más que al paso.

Todas las noches iba yo á pasar la velada en el guardarropa de Su Excelencia, donde estaban Domingo y Juan Pablo Poggini, su hermano, quienes hacían para la duquesa un vaso de oro de que hablé más atrás, y un cinturón también de oro; asimismo habíame encargado Su Excelencia que le hiciese el modelito de un colgante de collar, dentro del cual había de engarzarse aquel diamante grande que le hicieron comprar Bernardo y Antonio Landi.

Y á pesar de que yo quería librarme de hacer tal cosa, el duque con muchos halagos hacíame trabajar todas las noches hasta la hora cuarta.

Constreñíame también con afabilísimas maneras á hacer que trabajase en ello hasta de día, en lo cual no quise consentir jamás; y por esto tuve por cierto que Su Excelencia encolerizárase conmigo. Una noche, habiendo llegado algún tanto más tarde que mi costumbre, me dijo el duque:

—Mal venido seas.

A cuyas palabras repliqué al momento:

—Señor mío, ése no es mi nombre, puesto que me llamo Bienvenido; y como pienso que Vuestra Excelencia se burla de mí, no volveré á entrar otra vez.

A esto replicó el duque cómo lo decía en mal sentido y no de burla; y que advirtiese bien lo que yo hacía, por cuanto había llegado á sus oídos que, prevaleliéndome de su favor, hacía yo engaños, ora á éste, ora á aquél.

Al oír estas palabras, rogué á Su Excelencia Ilustrísima tuviera á bien decirme una sola persona á quien yo hubiese engañado en el mundo. De pronto volviéndose hacia mí con ira, y me dijo:

—Anda y devuelve á Bernardo lo que tienes de él: he ahí uno.

A esto respondí:

—Señor mío, gracias os doy por ello, y os ruego cómo tengáis á bien escucharme cuatro palabras. Es verdad que me prestó un par de balanzas viejas, dos bigornias y tres martillitos pequeños; mas hace hoy quince días que dije á su criado Jorge de Cortona que enviase por esos trastos viejos, viniendo por ellos el

mismo Jorge antedicho. Y si Vuestra Excelencia Ilustrísima averigua que desde el día en que nací hasta ahora he retenido yo nunca nada de otras personas por aqueste modo, aunque fuese en Roma ó en Francia, luego de informarse por aquellos que le hayan referido tales cosas ó por otros, si encontráis que dicen verdad, castigadme á medida de vuestro antojo.

Viéndome el duque tan apesadumbrado, como señor discretísimo y compasivo, volvióse hacia mí, y me dijo:

—Las faltas no se dicen á quienes no las han cometido; así, pues, de ser como dices, te veré siempre con gusto, cual en lo pasado lo he hecho.

—Sepa Vuestra Excelencia, contesté, que las bribonías de Bernardo fuérganme á preguntaros con súplica que me digáis cuánto gastasteis en el diamante grande, el cual sólo es un brillante rebajado; pues espero mostraros por qué trata este mal hombre de hacerme caer de vuestra gracia.

Entonces me dijo Su Excelencia:

—El diamante me costó veinticinco mil ducados. ¿Por qué me lo preguntas?

—Señor mío, porque tal día y á tal hora, en la esquina del Mercado Nuevo, me dijo Antonio de Victor Landi cómo tratase yo de venderlo á Vuestra Excelencia Ilustrísima; y á la primera pregunta me pidió por él dieciséismil ducados; pues bien, Vuestra Excelencia sabe á quién se lo habéis comprado. Y si esto es verdad, preguntádselo á Domingo Poggini ó á su hermano Juan Pablo, que están aquí y á quienes se lo

conté en el acto; y desde entonces no he vuelto hablar más, porque Vuestra Excelencia dijo que yo no lo entendía, por donde vine á pensar cómo quería mantenerlo en alta reputación. Sabed, señor mío, que yo entiendo de esto, y, por otra parte, hago profesión de ser tan hombre honrado como el primero de los nacidos, sea quien fuere: nunca trataré de robaros ocho ó diez mil ducados de un tirón, sino que me ingeniaré por ganarlos con mi trabajo. Me comprometí á servir á Su Excelencia como escultor aurífice ó grabador de monedas, mas nunca para referiros cosas de otros; ésta que os digo, es en defensa mía, y no quiero por ella el premio de la denuncia (*non ne voglio il quarto*) (1). Y os lo digo estando presentes tantos hombres honrados como aquí están, á fin de que Vuestra Excelencia Ilustrísima no crea lo que dice Bernardo.

En el acto montó en cólera el duque y envió por Bernardo, quien, junto con Antonio Landi, vióse precisado á huir hasta Venecia: el tal Antonio me decía que no había querido referirse á aquel diamante. Fueron y volvieron de Venecia, y yo fuí en busca del duque, á quien dije:

—Señor, lo que yo os dije es verdad, y lo que Bernar-

(1) En Florencia los que defraudaban de cualquier modo al Erario público *incurrian en el cuarto*, esto es, eran condenados á pagar una cuarta parte más de la cantidad defraudada, concediendo las leyes florentinas dicha suma á los denunciadores como premio. Por eso la frase de Cellini *non ne voglio il quarto*, significa que no quería recompensa ninguna por haber descubierto la estafa de Bernardo.

do os habló de sus trastos no era verdad; así que haréis bien en pedir pruebas, y yo me dirigiré al preboste.

Al oír el duque estas palabras, volvióse hacia mí, diciéndome:

—Bienvenido, sigue siendo hombre de bien como lo has hecho en lo pasado, y no temas nunca nada.

La cosa quedó en humo, y nunca más volví á oír hablar de ello. Me dediqué á terminar su joyel, y llevándolo acabado cierto día á la duquesa, ella misma me dijo que estimaba tanto mi obra cuanto valía el diamante que la hizo comprar Bernardo; y quiso que yo se lo pusiera en el pecho con mis propias manos, dándome un agujón, con el cual se lo sujeté, y partíme luego con gran benevolencia suya. Después supe que lo habían vuelto á hacer engarzar por un tudesco ú otro forastero, salva sea la verdad, porque dicho Bernardo afirmó que el referido diamante luciría mejor engarzado en una joya de menos trabajo.

LXV.

Domingo y Juan Pablo Poggini, aurífices hermanos, trabajaban, según creo haber dicho, conforme á dibujos míos, en el guardarropa de Su Excelencia Ilustrísima, ciertos vasitos de oro cincelados con grupos de figuritas en bajo relieve y otras cosas de mucha importancia; por eso dije más de una vez al duque:

—Señor mío, si Vuestra Excelencia Ilustrísima me pagase algunos ayudantes, os haría las monedas de vuestra fábrica y las medallas con el busto de Vuestra Excelencia Ilustrísima en parangón con los antiguos, y con la esperanza de superarlos, pues desde que hice las medallas del papa Clemente he aprendido tanto, que ahora las haría mucho mejor que aquéllas: también haría mejores monedas de las que hice al duque Alejandro, las cuales aún se tienen por hermosas; y os haría grandes vasos de oro y plata como tantos que he hecho para aquel admirable rey Francisco de Francia, sólo por las grandes comodidades que me dió y por las que no perdí nunca el tiempo necesario para los grandes colosos y las demás estatuas.

A estas palabras mías contestóme el duque:

—Pues hazlos, y veré.

Mas no me dió comodidad ni ayuda ninguna. Un día Su Excelencia Ilustrísima me hizo dar unas cuantas libras de plata, y me dijo:

—Esta plata es de la de mis minas (1); hazme un vaso hermoso.

Y como yo no quería retrasar mi Perseo y además tenía gran voluntad de servirle, se lo di para que lo hiciese, con dibujos y modelos míos de cera, á cierto bribón que se llama Pedro de Martín, aurífice, quien lo comenzó mal y hasta no trabajaba; de modo que perdí

(1) Las minas de plata explotadas por Cosme I estaban en Campiglia, y la otra, mejor que ésta, en Pietrasanta; pero de ellas no obtuvo ningún provecho.

más tiempo que si lo hubiese yo hecho todo por mi mano.

Habiéndome visto así burlado algunos meses, y viendo que dicho Pedro no trabajaba en él, ni siquiera hacia trabajar, hice que me lo devolviese; y pasé grandes afanes para recuperar, á la vez que el cuerpo del vaso mal empezado, según dije, el resto de la plata que dado le había. El duque, á cuyos oídos llegaron algunos rumores de esto, mandó por el vaso y por los modelos, y jamás me dijo por qué ni para qué; mas baste saber que con ciertos dibujos míos lo encargó á diversas personas de Venecia y otros lugares para que lo hiciesen, y fué muy mal servido.

La duquesa me decía con frecuencia que trabajase para ella como aurífice; varias veces la respondí que todo el mundo sabía muy bien, y toda Italia, cómo era yo buen aurífice; mas que Italia nunca había visto obras de escultura hechas por mi mano, y entre la gente del arte, ciertos escultores rabiosos me llaman en son de mofa el escultor nuevo; á los cuales espero demostrar cómo soy escultor viejo, si Dios me otorga tanta merced que pueda yo mostrar concluído mi Perseo en aquella magnífica plaza de Su Excelencia Ilustrísima.

Y retirándome á casa me puse á trabajar día y noche, y no me dejé ver por palacio. Empero, con ánimo de mantenerme en la gracia de la duquesa, encargué hacer para ella ciertos vasillos de plata, tamaños como un pucherito de dos cuartos, con lindas mascarillas de estilo rarísimo, á la antigua.

Llevado que le hube dichos vasillos, me hizo la más grata acogida que pueda en el mundo imaginarse, y me pagó la plata y el oro míos que en ellos había yo puesto; me recomendé á Su Excelencia Ilustrísima, suplicándola que dijese al duque cómo había yo tenido pequeña ayuda para tan gran obra, y que Su Excelencia Ilustrísima tuviera á bien decir al duque cómo no creyese tanto á aquella mala lengua del Bandinelli, con la cual me impedía concluir mi Perseo. A estas lacrimosas palabras mías, la duquesa se encogió de hombros; mas, esto no obstante, me dijo:

—Por cierto que el duque debiera conocer que este Bandinelli suyo no vale nada.

LXVI.

Estaba metido en casa; rara vez me presentaba en palacio, y con gran ahinco trabajaba por concluir mi obra; tenía que pagar á los ayudantes con mi dinero, porque habiéndome hecho pagar algunos el duque por Lactancio Gorini durante cerca de diez y ocho meses, al cabo se cansó y me hizo quitar la asignación. En vista de ello, pregunté á dicho Lactancio por qué no me pagaba. Meneando sus manitas de araña, respondióme con una vocecilla de mosquito:

—¿Por qué no acabas esta tu obra? Créese que nunca la terminarás.

En el acto le respondí colérico, y le dije:

—Mal cáncer os venga á vos y todos cuantos no creáis que yo la concluya.

Así, pues, desesperado me volví á casa junto á mi sin ventura Perseo; y no sin lágrimas, porque tornábame á la memoria el magnífico estado que dejé en París al servicio de aquel magnánimo rey Francisco, con el cual todo me sobraba, mientras que aquí faltábame todo.

Muchas veces me dispuse á marcharme desesperado; una de ellas monté en un hermoso caballito mío, y poniéndome cien escudos en el cinto, me fuí á Fiesole á ver á un hijo mío natural que tenía en nodriza en casa de una comadre mía, mujer de un mi ayudante. Llegado que hube junto á mi hijito, le encontré en buen estado; y todavía descontento le besé, y al quererme partir, no me dejaba; reteniéndome fuertemente con sus manitas y con un furioso llanto y griterío, que en aquella su edad de menos de dos años resultaba más que maravilloso. Mas como había resuelto que si encontraba al Bandinelli, el cual solía ir todas las tardes á su huerto sobre Santo Domingo, había de arrojarlo en tierra como un desesperado, por eso me desprendí de mi chiquitín, dejándole deshecho en llanto.

Al venirme hacia Florencia, cuando llegué á la plaza de Santo Domingo, precisamente entraba el Bandinelli por el otro lado en la plaza. Resuelto en el acto á realizar aquella obra sanguinaria, me llegué á él y al alzar los ojos le vi sin armas sobre un mal mulo como un asno, y llevaba consigo un niño como de diez años de edad; tan pronto como me vió, púsose descolorido como

un muerto y temblando desde la cabeza hasta los pies. Conociendo yo su cobardísimo estado de ánimo, le dije:

—No temas, vil bellaco, que no te considero digno de mis golpes.

Me miró con desaliento y no dijo nada. Entonces recobré los virtuosos instintos y di gracias á Dios, que con su verdadera misericordia no había querido que hiciese yo tal daño. Viéndome así libre de aquel diabólico furor, creció mi ánimo y me dije á mí mismo:

—Si Dios me otorga tanta merced como que yo termine mi obra, espero confundir con ella á todos mis pícaros enemigos; por donde será mucho mayor y más gloriosa mi venganza que si me hubiese desahogado con uno sólo.

Y con esta buena resolución me torné á casa. Al cabo de tres días tuve noticia de cómo mi comadre habíame ahogado á mi único hijo; lo cual me causó dolor tan acerbo, que jamás he sufrido otro mayor. Empero, me arrodillé en tierra y, según mi costumbre, di gracias á Dios diciendo, no sin lágrimas:

—Señor mío, tú me lo diste y tú me lo has quitado ahora; por todo ello te doy gracias con todo mi corazón.

Y aun cuando el gran dolor habíame casi enloquecido, sin embargo, según costumbre, tuve que hacer de la necesidad virtud, y lo mejor que pude me fuí consolando.

LXVII.

Por este tiempo habíase salido del taller de Bandinelli un joven llamado Francisco, hijo de Mateo, forjador. Dicho joven me hizo preguntar si quería yo darle trabajo; me conformé y le puse á limpiar la figura de la Medusa que estaba ya fundida.

Al cabo de quince días díjome aquel joven cómo había hablado con su maestro Bandinelli, quien le encargó de decirme de su parte que si quería yo hacer una estatua de mármol, se ofrecía á regalarme un hermoso trozo de mármol. En el acto dije:

—Dile que lo acepto; y cuide no resulte malo el mármol para él, porque ya me va irritando y no se acuerda del gran peligro en que se vió conmigo en la plaza de Santo Domingo. Pues bien, dile que lo quiero á rajatabla. Jamás hablo de él, y siempre trata de irritarme ese bestia. Creo que tú has venido á trabajar conmigo enviado por él, sólo por espiar mis asuntos. Vete y dile que quiero el mármol aunque le pese, y vuélvete con él.

LXVIII.

Habiendo transcurrido muchos días sin que me hubiese dejado ver yo en palacio, una mañana que me dió el capricho fuíme allí. El duque había casi concluído de almorzar; y, á lo que me dijeron, Su Excelencia había

departido y hablado muy bien de mí por la mañana, y entre otras cosas me había loado mucho en lo de engazar piedras preciosas; y por eso, tan pronto como la duquesa me vió, hízome llamar por el señor Sforza (1); y acercándome á Su Excelencia Ilustrísima, me rogó que le engarzase un diamantito en brillante en un anillo; y me dijo que lo quería llevar siempre en el dedo, dándome la medida y el diamante, el cual valía cerca de cien escudos, y me suplicó que lo hiciese presto. Al momento comenzó el duque á hablar con la duquesa, y dijo:

—Cierto es que Bienvenido fué sin par en aqueste arte; mas ahora que lo ha dejado, creo que el hacer un anillito como vos queréis, produciríale demasiado grande fatiga; así, pues, os ruego que no le canséis con esta pequeña cosa, la cual sería grande para él, por haberlas abandonado.

Al oír estas palabras, di gracias al duque y le rogué que me dejase hacer esta pequeñez en servicio de la señora duquesa; y poniendo manos á ello en seguida, lo concluí á los pocos días. El anillo era para el dedo pequeño de la mano: hice en él cuatro figurillas exentas con cuatro mascarillas, formando así el mencionado anillo; también acomodé allí algunas frutas y cintitas esmaltadas, de modo que la piedra y el anillo

(1) Sforza Almeni, el cual fué después muerto por la propia mano de Cosme I, en 22 de Mayo de 1566, por haber revelado á su hijo el príncipe regente D. Francisco los amores del gran duque con la noble señorita Leonor Albizzi.